

PUNTO FINAL

Manuel GONZALEZ RAMIREZ

EN ESTA RÉPLICA COMIENZO por aludir al truco polémico del señor Fuentes Mares que parte del supuesto, y así lo afirma, que critico su postura de autor, y que su obra *Poinsett: historia de una gran intriga*, sólo resulta enjuiciada por añadidura. Me da la impresión que con tan ingenuo procedimiento quiso amortiguar el impacto que han producido mis observaciones. Por mi parte, afirmo con vigor que critico su obra, y no por añadidura, sino como tema fundamental de mis artículos en *Novedades* y en *Historia Mexicana*. Además, critico su postura de autor para ilustrar la razón de ser de muchas de las afirmaciones o de las omisiones en que incurriera Fuentes Mares, que las redactó o las calló, partidaristas de forzosa necesidad. Ahora, a la vista de su contestación, no puedo menos que deplorar muy vivamente el espíritu con que emprendió el estudio acerca de Poinsett, tan ajeno al que debe tener cualquier historiador. En efecto, dice lo siguiente: "La historia de México sólo es posible sin odio hacia ninguno o con odio hacia los dos. Yo me decido por la segunda solución y los detesto a todos, con odio, no a los hombres sino a sus pecados, asido a la única voluntad que salva, que es la de no volverlos a propiciar". Bonito tema para un sermón; pero, definitivamente, inadecuado para el historiador que, revisitiéndose de odio a los hombres o a los pecados de los hombres, quiera acercarse al pasado para reconstruirlo. Distorsionará todas las perspectivas, alterará los acontecimientos, y nunca comprenderá la etiología de los hechos. La historia debe hacerse con el propósito de *aprehender* y *comprender*. El historiador debe ser estoico, y si alimenta algún odio, debe ser contra la mentira. Quien no esté resignado a tan duras limitaciones, nada tiene que hacer en el campo de la historia. Y menos aun en el de la atormentada y dramática historia del siglo XIX mexicano.

He aquí que la más honda distancia que nos separa al señor Fuentes Mares y a mí, no está en la lectura de los docu-

mentos (por mucho que ésta sea importante), sino en la inicial de nuestros respectivos ángulos de vista. Él llega a la historia con odios; yo, con el propósito de comprender las acciones de los hombres. Por eso, él puede afirmar con displicente seguridad que a un libro se le enjuicia normalmente por lo que dice y no por lo que no dice; pero, en contraposición, insisto en que el error muy importante, y maliciosamente partidarista de don José Fuentes Mares, fué haber llamado lo que sabía, ya que necesitaba exaltar el tradicionalismo mexicano a costa de insurgentes y federalistas de la centuria anterior. Y no es que pretenda exigirle el estudio exhaustivo y sistemático de la historia de México, sino porque el subtítulo de su obra lo obligaba a ello. Esto es, si a su libro lo llamó: *Historia de una gran intriga*, y la intriga se refiere a las tierras septentrionales que nos arrebató Estados Unidos, tuve que decirle que le faltó hablar del primer dislate cometido por España y refrendado por Iturbide: haber permitido la colonización anglosajona de las tierras de Texas, pues equivalió a meter al enemigo en nuestra propia casa. El autor lo dejó de hacer, no tanto por ignorancia, sino porque hubiera tenido que aceptar que con esas concesiones se inició el viacrucis mexicano, y que en esa política nada tuvieron que ver los "reclutas" de Poinsett, sino los antecesores ideológicos y políticos de don José Fuentes Mares. Con lo cual quedó alterado el comienzo de la intriga.

Cuando los norteamericanos se expandieron tierra adentro, pusieron en práctica varios procedimientos: el más común fué el de la compraventa de los territorios. Así lo hicieron con España en el caso de la Florida; y de ese modo trataron con Francia la adquisición de la Luisiana. A su debido tiempo, quisieron comportarse con México de análoga manera, pretendiendo comprarnos las tierras texanas. Fué la principal misión de Poinsett ante los gobiernos de Guadalupe Victoria y Vicente Guerrero, y constituyó su rotundo fracaso, pues ni Guerrero ni Victoria estuvieron dispuestos a entregar secciones de soberanía a cambio de dinero. Sin embargo, Anthony Butler, el sucesor de Poinsett, estuvo a punto de tener éxito, pues Santa-Anna aceptó vender Texas en la suma de cinco millones de pesos. El intermediario, o "coyote", fué el padre Ignacio Hernández, confesor de la hermana del pro-

hombre de Manga de Clavo; y la condición impuesta por Santa Anna consistió en que, a los cinco millones, se agregara el diez por ciento con destino a su patrimonio personal. La maniobra se ideó en grande: siendo el régimen federal un valladar para que don Antonio López de Santa Anna consumara la venta, se pensó el cambio al centralismo, y en práctica se pusieron tortuosas medidas para conseguir tal fin. Butler fracasó en Washington, porque el presidente Jackson rehusó sobornar a funcionarios mexicanos; pero Santa-Anna logró el paso del federalismo al centralismo. Como se sabe, el cambio del régimen federal sirvió de pretexto para la rebelión de los colonos texanos contra México, y mucho se dijo que la perfidia de Anthony Butler inspiró a los rebeldes a alzar contra su Metrópoli esa bandera. Con todo, a partir de la malograda gestión de Butler, Estados Unidos inició en los negocios de Texas lo que los penalistas llamarían las vías de hecho. Sin abandonar por completo las negociaciones diplomáticas para comprarnos territorios septentrionales, al primer plano de su acción fueron elevados los procedimientos directos: levantar a los texanos contra México; alentarlos y protegerlos en la rebelión pese a una hipócrita neutralidad que decían sostener; estimular la creación de la República de Texas; en su oportunidad, admitirla en la Unión; y, por último, declarar la guerra a México para consolidar el despojo texano y tener el título adquisitivo de Arizona, Nuevo México y California, con todo lo cual Estados Unidos llegó hasta las costas de la Mar del Sur.

La misión Butler tampoco es ignorada por don José Fuentes Mares; mas si omitió estudiarla en su obra, fué porque en esa negociación la "cáfila" poinsettista no tuvo intervención de ninguna especie; antes bien, el propio Butler hizo gala de que, a diferencia de Poinsett, había escogido sus relaciones mexicanas entre el clero y los católicos militantes. La maniobra del padre Hernández en los asuntos de Texas demuestra cuánta verdad hubo en las preferencias de Butler; pero sea lo que fuere, esta omisión del autor se puede explicar: hubiera necesitado reconocer que los tradicionalistas se apartaron de las negativas de Guerrero y Victoria para vender territorio nacional, imitando, en cambio, a la Corona española, que solía enajenar fracciones de los dominios por cantidades irri-

sorias. Yo no podía pasar el olvido, pues, en último análisis, tengo derecho a pensar que si quedó trunca la iniciación de la intriga y el escritor eludió exponer las insidencias de la misión Butler, lo de "historia de una gran intriga" no pasa de ser el pretexto para que Fuentes Mares deturpe la memoria de algunos próceres nacionales.

La elocuente coincidencia de callar las intervenciones tradicionalistas en la intriga tiene la contrapartida en lo mucho que habló el autor reproduciendo la tesis de Alamán, con lenguaje del siglo xx. Y con elementos documentales consultados en nuestros días. Nada tienen que ver en la faena las sagacidades de don Lucas Alamán y de Fuentes Mares, sino las preocupaciones del primero y los prejuicios del segundo. El guanajuatense, debiendo explicar a sus patronos ingleses las causas del fracaso minero, descargó en el hugonote la responsabilidad de varios de sus errores financieros, recurriendo a la finta que ha dado lugar a la creación del mito Poinsett. Que en cuanto al señor Fuentes Mares le interesaba ganar fama y, como dije en mi crítica, la línea de menor resistencia para ingresar al círculo de los inmortales, entre nosotros, consiste en reproducir lo que han dicho los santones del tradicionalismo. Así se comportó el autor, y por eso no pudo ver el deleznable fundamento que hay en el mito de Poinsett.

Contra la afirmación de Alamán, de que el ministro norteamericano llegó a México a destruir la forma de gobierno aristocrático e influenciado por el clero y el ejército, forma que fué cambiada por los ensayos del régimen democrático, y que advino en el despojo de los empleos y la expulsión final de los españoles, yo traje a cuento los Sentimientos de la Nación, expresados por Morelos el 14 de septiembre de 1813. Y no para salirme por la tangente, o para hacer frases, como lo supone don José Fuentes Mares, sino para meter al autor en el carril de la realidad histórica, y para decirle que, antes de Poinsett, el cura de Carácuaro, único genio que planteó las cuestiones del México independiente, abogaba por un gobierno liberal como sustituto del tiránico español; pedía que sólo los americanos obtuvieran empleos; y se pronunciaba por la expulsión de los españoles para alcanzar y consolidar la independencia de México. Insisto: con el pensamiento de Morelos se destruye el infundio de Alamán. Y destruido,

queda de Poinsett el fracasado en el negocio de Texas, así como el intrigante agente del incipiente, pero ya agresivo, imperialismo yanqui; queda este agente que maniobró con el fin de impedir la independencia de Cuba; que obliteró al Congreso de Panamá y a la Conferencia de Tacubaya; queda, por último, el que cooperó a la separación Centroamericana, provocando los celos que mucho han envenenado nuestras relaciones con Guatemala. Y aquí vienen a colación los viajes de Fuentes Mares a Washington y Filadelfia para hurgar documentos que sólo le sirvieron para actualizar la tesis de Alamán. Mas como don Lucas no habló en su *Historia* de los pormenores poinsetistas relativos a Cuba, Panamá, Tacubaya y Guatemala, el señor Fuentes Mares, escritor actual y teniendo mejores elementos de información, no sólo se desprecupó de estudiar esas facetas de la actividad de Poinsett, sino que escribió el siguiente párrafo: "A los mexicanos no nos importa el aspecto propiamente diplomático de la misión Poinsetista, y no tenemos inconveniente en reconocer que careció de todo relieve".

Fuentes Mares se hace, así, eco de Alamán. Y lo es, asimismo, en el odio que ha mostrado por Vicente Guerrero. Al famoso documento 15 de su obra, el autor le dió el encargo de cavarle tumba al héroe. Los dos puntos que arbitrariamente usó Fuentes Mares iban a hacer las veces de epitafio. Hubo necesidad de intentar la difícil lectura para poner a descubierto la aviesa triquiñuela. Y no ha de impresionarme la frase del escritor, quien dice que la lectura me resultó no sólo difícil, sino imposible; porque imposible y todo, lo hice confesar la sin razón que tuvo al poner un signo ortográfico que no aparece en el original, y que en su traducción, alteraba el significado de lo que Poinsett quiso escribir.* Todo

* En la contestación, don José Fuentes Mares dice: "que después de la locución *into active use*, no existe coma en el original, según difama el señor González Ramírez, sino simplemente punto y seguido, lo que se demuestra con la copia fotostática que anexo". A este respecto he consultado la copia del original inglés que obtuve al leer con esfuerzo el documento 15, y encuentro que puse el punto a que alude Fuentes Mares. Comparé ese original con el texto publicado por *Historia Mexicana* y ahí ya aparece la coma que da motivo a la queja del escritor. El cambio tuvo lugar en el tránsito que el documento realizó de mi poder a los talleres de imprenta. Si hubiera alguna duda por esta afirmación, y se la tomara en calidad

resultaría pobre frente a la confesión paladina del autor; por ello, prefiero repetir sus propias palabras: "Tiene razón el señor González Ramírez en cuanto dice que después de la locución francesa coloqué dos puntos, que no existen en el original, pero, es obvio, aun reconociendo esta falta, que la confidencia se refiere, no a lo que Poinsett ya dijo, sino a lo que va a decir". Más adelante, Fuentes Mares agrega: "Muchos en público y en privado, han acompañado al señor González Ramírez en la crítica de esta página, y con todos estoy de acuerdo en que Guerrero jamás pudo pensar en colocar a Poinsett en un trono, formarle una Corte y colocarle una Corona. Convengo en esto con todos, y concedo que el concepto de 'Emperador de México', como aparece formulado, es de la cosecha de Poinsett y no de Guerrero". Mucho obligué a caminar al señor Fuentes Mares entre lo que escribió en su libro y lo que ahora afirma. De ahí que la tumba del héroe no haya pasado de ser una quimera que ni siquiera adquirió el rango de sombra. Empero, el autor no se rinde, y batiéndose en retirada, da el último arponazo, con la esperanza de hacer prevalecer la duda. Con tesón propio de mejor causa, concluye: "Pero lo que sí fué obra de D. Vicente, fueron las grandes ofertas [*great offers*] que le hizo al Plenipotenciario. ¿Que cuáles fueron esas "grandes ofertas"? Nadie lo sabrá jamás en su detalle, pero deben haber sido de tal categoría que Poinsett no tuvo empacho en *involucrarlas a todas en el concepto de Imperio*".

Niego la mayor, como dirían los escolásticos; niego que el hugonote haya involucrado el concepto de Imperio con las ofertas que le hiciera Guerrero, puesto que la relación del tal Imperio se establece con el contexto del documento 15, esto es, con la confidencia que le hizo a Johnson de que había concluído la misión diplomática en México; que estaba cansado de los mexicanos y que no quería oír hablar de ellos ni de sus descendientes; y que pese a los ruegos que le hacían sus amigos para quedarse entre nosotros, no renunciaría a su

de torpe disculpa, me limito a remitir a mi distinguido contradictor al texto español, igualmente logrado por mi, en donde, para fortuna mía, en la publicación fué respetado el punto que leí en el original de Poinsett, y que de modo escrupuloso conservé en mis transcripciones.

patria, así le ofrecieran ser Emperador de México. La nostalgia por su país lo había vencido. Y eso fué todo.

Por lo demás, si nadie sabrá jamás en su detalle lo que fueron las "grandes ofertas", ¿a qué insinuar lo que supone Fuentes Mares, a más de un siglo de distancia de los hechos? Es poco honesto y poco serio, así se hable de la influencia de Zavala sobre Guerrero, y de la de Poinsett sobre Zavala. A este respecto, basta para destruir el nuevo embolismo, recordar que Vicente Guerrero acabó por expulsar a Poinsett, y que éste decía del propio Guerrero que era de genio violento, difícil de dominar. A mi juicio, la opinión del prócer sobre Poinsett debe prevalecer sobre todas las lucubraciones de nuestro autor, quien se colocó en la vorágine del bien y del mal y no pudo superar la difícil encomienda de escribir un capítulo aciago de la historia nacional.

Yo entiendo que la limitación fundamental de don José Fuentes Mares no está en su partidarismo, ni en la buena o mala fe para leer los documentos, sino en la imposibilidad de entender que el tiempo y la acción de los hombres cuya historia hace en su *Poinsett*, forman parte de la lucha por la independencia de México. Tan sencillo de decirlo; pero tan intrincado para comprenderlo, sobre todo en personas llenas de odios. Puesto que la pugna entre la independencia y la reconquista abarca la perspectiva mexicana de la época, a ella debe atender el historiador. Y reconocer que, pese a todos los contratiempos y los riesgos internos y exteriores, la idea de independencia comenzaba a dar vida a la nueva nación. Iniciábamos nuestra entrada a la historia del mundo, por propio derecho. De ahí que la adhesión a España no pudiera ya tipificarse por la dependencia política, menos aún, tolerando las seculares lacras del sistema de explotación colonial. En adelante, los vínculos con España iban a ser de naturaleza espiritual, sin renunciar a nuestra personalidad, y procurando satisfacer las necesidades de la convivencia social según nuestras inspiraciones particulares.

Por supuesto que los partidarios del antiguo régimen no se resignaron al nuevo estado de cosas, y propugnaron la continuación de la dependencia política española, con la consecuente supervivencia del colonialismo. Don Lucas Alamán fué un adalid de esta postura. Tiempos después, Marcelino

Menéndez y Pelayo, de ciclópea erudición, pero que, en razón inversa, fué miope para comprender los problemas de la América española, lanzó a nuestros próceres el cargo de heterodoxos, por causa de la insurgencia. Imputación grave y muy propicia para ser lanzada como pecado de lesa hispanidad. Más también evidentemente falsa, en cuanto espiritualmente nos conservamos vinculados a ella, a la auténtica Hispanidad.

Por otro lado, más allá de nuestra voluntad, por encima de posibilidades nuestras, fué creciendo la potencia anglosajona del Continente. España y Francia no pudieron contener su primera etapa expansionista. Pronto codició tierras mexicanas. Isócronamente, nos proporcionó contenido a la organización política y al gobierno democrático, en la medida en que, por imitación extralógica, convertimos a México en república federal. El federalismo nos salvó de la desintegración. El sistema republicano, al través de doloroso proceso, acabó por robustecer al gobierno civil. Y esta dualidad norteamericana, que, por un lado, prestó servicios, y, por el otro, se constituyó en riesgo de formidables proporciones, lejos de ser distinguida con imperativa disciplina, ha sido aprovechada por quienes, defendiendo a España y lo español, deturpan a México y a sus héroes. Los causahabientes de Alamán y Menéndez y Pelayo hablan de traición, y esgrimen a la patria como víctima de ésta. Lo cierto es que la idea de independencia tuvo que ser levantada, igualmente, contra Estados Unidos, hasta convertirse en otra manifestación de la lucha que, en nuestros días, sostienen el nacionalismo y el imperialismo. El imperialismo he dicho y no el universalismo, cuya diferencia con el primero es notoria. Las intervenciones de los tradicionalistas y de los progresistas mexicanos en los enlaces con Norteamérica, así como los riesgos que han tenido que sortear, revelan la amplitud angustiosa que hay en tan dura cuestión. Por la sencilla causa de que, también, forma parte del alto precio que hemos venido pagando por haber ingresado a la historia del mundo por nuestro propio derecho.

Mas los empecinados con lo español, a costa de atacar a México, no saben de estas cosas, y por eso hablan con odio de la acción mexicana, que es emancipadora por excelencia: emancipadora en lo económico, en lo político, en lo eclesiás-

tico ya que, al fin y al cabo, México ha sido campo de codicia para todos los imperialismos que en Occidente han usufructuado el turno de explotar a los demás. La historia, o el capítulo de la historia, que *aprehenda* y *comprenda* ese espíritu de independencia, será la más fecunda y real. Por lo pronto, el señor José Fuentes Mares perdió la oportunidad, entreteniéndose en su *Poinsett* con estímulos de monta menor.